



VNIVERSITAT
DE VALÈNCIA

MASARYK
UNIVERSITY

Del Mediterráneo al corazón de Europa: mi experiencia
Erasmus



Alba Peña Cebrian

Soy Alba Peña y me fui de Erasmus el segundo cuatrimestre a República Checa, concretamente a una ciudad llamada Brno. Brno es una ciudad universitaria llena de vida, cultura y estudiantes de todas partes del mundo. Pasear por su centro histórico, subir al castillo de Špilberk, visitar la Villa Tugendhat o perderse por sus cafés y bares llenos de ambiente joven formaba parte de mi día a día



Me alojé en la residencia Vinařská Masaryk de mi universidad. Allí conocí a gente de toda España con la que formé lazos muy fuertes. Especialmente conecté con una chica de Valencia —como yo— y con dos chicas de Galicia; desde el primer momento nos unimos y fuimos inseparables. Aunque todo el grupo de Erasmus se llevaba bien, con ellas sentí una conexión especial, de esas que hacía tiempo que no experimentaba con amigas.

Una de las mejores cosas de estar en el centro de Europa fue la facilidad para viajar. Cada semana o cada dos semanas cogíamos un autobús y nos lanzábamos a descubrir un nuevo país. Así, tuve la oportunidad de visitar Polonia, Grecia, Rumanía, Austria (Viena), Eslovaquia (Bratislava) y por supuesto recorrer a fondo la propia República Checa. Cada uno de estos destinos me aportó algo distinto: en Cracovia sentí la historia muy de cerca; en Viena me dejé llevar por la elegancia de sus palacios y su música clásica; en Bratislava descubrí el encanto de las ciudades pequeñas y acogedoras; en Grecia me fascinó la mezcla de cultura milenaria y alegría mediterránea; y en Rumanía me sorprendieron sus paisajes y su gente. Cada viaje era una ventana abierta a un mundo nuevo y una forma de crecer, de aprender y de ver la vida con otros ojos.



No voy a negar que la mayoría de estos viajes los hice con gente española, y eso también tuvo su magia. Nos entendíamos, compartíamos nuestras costumbres y, al mismo tiempo, intentábamos probar cosas nuevas: comidas típicas, costumbres locales, pequeñas tradiciones de cada país. Era como llevar un pedacito de casa mientras construíamos recuerdos irrepetibles en lugares nuevos.

La tarjeta Erasmus nos facilitaba descuentos en vuelos, hoteles y actividades (en Booking, por ejemplo), y la beca de la universidad me ayudó muchísimo, ya que con ella pude pagarme la residencia y mis gastos de comida y vida diaria. Porque aunque muchas personas piensen que en Erasmus se gasta poco, la realidad es que, al estar sola en un país nuevo, sientes la necesidad de salir, conocer gente y descubrir sitios, y eso también forma parte del aprendizaje.

La universidad en Brno fue otra experiencia que me marcó: casi todas las clases eran prácticas y en inglés. En la ciudad no se hablaba demasiado inglés y a veces parecía que no querían entenderte, pero en la universidad todo era distinto. Allí se respiraba un ambiente internacional y pude conocer a estudiantes de países como Francia o Noruega, lo que me abrió la mente a nuevas formas de pensar y aprender.

Una de las historias más raras que viví fue una noche en la que salimos de fiesta en República Checa. Estábamos en un bar con mis amigas y conocimos a un grupo de chicos checos. Allí la gente es mucho más seria y reservada que en España, y me sorprendió que nos dijeran, medio en broma y medio en serio, que los españoles estamos locos por la forma en que reímos, bailamos y disfrutamos. Para mí fue un choque cultural importante porque me di cuenta de lo diferentes que pueden ser las costumbres y la manera de relacionarse de un país a otro.



Tengo que reconocer que, aunque el Erasmus ha sido una experiencia inolvidable, no me iría a vivir a República Checa para toda la vida. La gente era muy seria, el clima casi siempre nublado, y yo estoy acostumbrada a reírme a carcajadas con mis amigas y a vivir con esa alegría que tenemos en España. Durante el Erasmus aprendí muchísimo, viajé y conocí a gente maravillosa, pero también tenía muchas ganas de volver a casa; no solo por mi familia —porque sabía que siempre iba a tenerlos ahí— sino también por el ambiente de España, por esa calidez y cercanía que se respira en nuestra cultura.

Además, me hizo valorar todavía más lo que tenemos: nuestra comida, nuestras costumbres, nuestra forma de vivir. ¿Cómo es posible que en República Checa no hubiera croquetas?. Esa falta de cosas tan sencillas me hizo darme cuenta de lo mucho que me gusta donde vivo.

En relación a mi familia, siempre estuvieron en contacto conmigo durante mi Erasmus. Y gracias a que yo me fui a vivir esta experiencia, ellos también aprovecharon para viajar y conocer sitios nuevos. Viajamos juntos a Budapest, una ciudad encantadora (conocida por sus baños termales como el Széchenyi, el Parlamento a orillas del Danubio, el Puente de

las Cadenas iluminado de noche y el Bastión de los Pescadores, desde donde se ve toda la ciudad). También estuvimos en Viena, una ciudad elegante y majestuosa (famosa por el Palacio de Schönbrunn, la Ópera Estatal, la Catedral de San Esteban y sus preciosos cafés tradicionales donde se puede probar la tarta Sacher). Poder compartir esos viajes con mi familia fue muy especial, porque no solo me acompañaron en un momento importante para mí, sino que juntos descubrimos lugares y culturas que jamás olvidaremos.



Hoy, al mirar atrás, siento que mi Erasmus en Brno fue mucho más que un intercambio académico: fue una aventura, que ahora recuerdo con nostalgia. Me llevo recuerdos, amistades y aprendizajes que sé que me acompañarán siempre. Es una experiencia que creo que todo el mundo debería realizar. Yo antes de irme no tenía ganas pero es una experiencia inolvidable que nunca puede ir a mal.

Al volver, sentí que traía conmigo una maleta llena de recuerdos y aprendizajes, pero también una nueva mirada sobre la vida. Me siento agradecida por mi familia, por mi tierra, por nuestra cultura y nuestra forma de vivir. El Erasmus me enseñó que el mundo es inmenso, diverso y maravilloso, pero también que mis raíces son un tesoro. Y eso, para mí, es el mejor regalo que podía traer de vuelta.